

resistiendo las furiosas embestidas de las olas priscilianistas.

Esto indica que el Catolicismo en los referidos puntos estaba hondamente arraigado; y lo estaba, porque su fe en la Eucaristía era todavía más profunda, lo cual explica perfectamente el que los gallegos no se dejaron dominar tan fácilmente de los invasores, sino que, aunque vencidos, pudiesen conservar su libertad y culto religioso. ¡Cuánto puede un pueblo viril saturado de fe santa!

En bella frase del señor López Ferreiro, la Eucaristía «era su alma y el secreto de su fuerza» (1), así que bien puede Galicia enorgullecerse con ser una de las primeras regiones eucarísticas por antonomasia, y mostrar á todo hombre el hermoso lema de su nobiliario escudo:

Hoc hic Mysterium fidei firmiter profiteamur.

(1) Obra cit., cap. 59.

CAPÍTULO XXII

SUMARIO

Varones notabilísimos que se distinguieron ora por sus escritos eucarísticos, ya también por el ardiente celo por la Eucaristía en los cinco primeros siglos de la Iglesia.—**283**. S. Juan evangelista.—**284**. S. Pedro ap.—**285**. S. Pablo.—**286**. S. Ignacio Mr.—**287**. S. Clemente Papa.—**288**. S. Dionisio Areopagita.—**289**. S. Justino.—**290**. Obispos de Asia.—**291**. Orígenes.—**292**. S. Cipriano.—**293**. S. Basilio.—**294**. S. Ambrosio.—**295**. S. Hilario.—**296**. S. Efrén.—**297**. S. Cirilo de Jerusalén.—**298**. S. Epifanio.—**299**. S. Juan Crisóstomo.—**300**. S. Agustín.—**301**. Algunos Padres de los Concilios españoles.

Reducir á número los preclaros hijos de la Iglesia que se ocuparon con detención y hasta con santo orgullo del Misterio inefable de los altares, sería empresa más que moralmente imposible. Y no es cuestión aquí de elogiar el celo que todos los santos y todas las personas eminentemente católicas abrigaron para con la Eucaristía; ni hablar por menudo, ni detallar, aún en compendio, todas las obras magistrales, los libros, los opúsculos y los simples artículos que redactaron en exposición y defensa del Augusto Sacramento; ni medir los grados de amor, dados á luz por medio de felices ideas, elocuentísimas frases, útiles institutos

y asociaciones, y por todo lo que el amor, fuerte como la muerte y abrasador como el fuego, inventar sabe: porque todos los bienaventurados, absolutamente todos, tuvieron ardiente celo del Santo Sacramento, y sería inferir gran ofensa á unos, si, dejando á éstos en el olvido, encareciésemos las virtudes de los demás; del propio modo, cuantos varones ilustres hablaron ó escribieron de la Eucaristía, todos se expresaron del mejor modo que les fue dable, de suerte que en rigor no debíamos callar las intelectuales producciones de ninguno; pero, como semejante intento á más de ser dificultosísimo no es propio del plan que nos hemos formado, y, siendo además suficiente que indiquemos los más notables, teniendo presente el deseo del Congreso Eucarístico de Valencia, sobre este mismo punto, bosquejaremos sólo los más principales.

283. S. Juan Evangelista es quien, abriendo paso á la primera época histórica de nuestro dogma, enarbola la enseñanza Eucarística, dejándonos impreso con caracteres de oro la doctrina de nuestro adorable Misterio. «Éste es el Pan vivo que bajó del cielo para dar vida á los hombres; si alguno comiere vivirá eternamente; si alguno no le comiere no poseerá la vida de la gracia; porque en verdad, la carne de Jesús es comida suave y su sangre celestial bebida.» He aquí sintetizado el dogma de la Eucaristía. Pero pasa más adelante, y, declarando el amor que el Divino Salvador tuvo á los hombres, manifiesta el suyo propio. «Sabido Jesús que era llegada la hora de subir al Padre, dice, como hubiese amado á los suyos que estaban en este mundo les amó hasta el fin», y en aquella misma hora, el discípulo Amado reclina su cabeza sobre el pecho amoroso de Jesús y se abrasa en vivas llamas en ese mismo Corazón Sacramentado.

284. Junto al citado Evangelista está S. Pedro, tan amante de Nuestro Señor Jesucristo, que se entristeció á la tercera interrogación que Éste le dirigió por ver si le amaba de veras. «Codicemos, dice, como niños recién nacidos la leche racional y sin dolo, *la Sagrada Eucaristía*, según

explica Clemente Alejandrino, á fin de que con ella crezcamos en salud.»

285. S. Pablo pone de manifiesto la doctrina de la Eucaristía, y particularmente la limpieza de conciencia con que debemos recibir tan Augusto Misterio; y era tan amante de Jesús Sacramentado, que nunca se atrevía celebrar el Santo Sacrificio con la ropa que diariamente usaba.

286. S. Ignacio Mr., que parecíale morir de pena por no poseer al punto como deseaba la Hostia viva de salud, escribió á los fieles de Antioquía y de Esmirna palabras tan suaves y fervorosas de la Santa Eucaristía que enternecen al corazón más helado.

287. Descuella entre todos los que escribieron ó legaron monumentos en el siglo I, acerca de nuestro Augusto Misterio, S. Clemente I Papa, sucesor de S. Cleto, hijo de familia imperial y compañero muy distinguido de los Apóstoles. Uno de los actos principales de su Pontificado fue instituir en Roma siete notarios eclesiásticos á fin de que recogiesen las actas de los mártires y las ordenasen debidamente. Anunció su próximo martirio, y fué ahogado en el mar en la segunda persecución general, decretada por Domiciano. De él conservamos la liturgia llamada de S. Clemente, que es la misma que usó S. Pedro, quien la recibió inmediatamente de Nuestro Señor Jesucristo. No están conformes los críticos de que aquél la escribiese, pero sí de que sea suya y que sus discípulos la redactaron. Se atribuye también á S. Clemente las Constituciones Apostólicas y los Cánones de los Apóstoles, en las que se nos descubre respectivamente el culto de la Eucaristía de los primeros siglos y algunos mandatos referentes á la misma; sin embargo, muchos y celebrados críticos dudan de que S. Clemente sea autor de tales obras.

288. Cierra finalmente, el primer siglo, S. Dionisio Areopagita, oriundo y senador de Atenas, quien admiró el eclipse de sol que tuvo lugar en el mismo instante de la muerte de Jesús. Convertido por S. Pablo y hecho su fiel discípulo, fué nombrado obispo de Atenas. Después de

acrecentar el rebaño de la Iglesia con la conversión de muchos infieles, pasó á Roma, desde donde fué mandado á predicar á París, siendo luego decapitado. Nos dejó un libro llamado *De la Jerarquía Eclesiástica*, donde describe admirablemente la solemnidad del santo Sacrificio y la participación del Cuerpo y Sangre de Jesucristo.

289. El filósofo y mártir S. Justino, natural de Siria, abre las puertas del segundo siglo. Viendo las calumnias que los impíos gentiles proferían contra los cristianos, redactó su primera *Apología del Catolicismo*, en la que con toda claridad y sencillez, pero con no menos sublimidad y energía, describe las reuniones de los cristianos para celebrar el adorable Sacrificio, y manifiesta sin ambages cuál era el celestial alimento que recibían y quiénes y de qué modo lo tomaban.

290. Aparecieron á últimos de este segundo siglo los tacionistas, (1) quienes, condenando el uso del vino, intentaban consagrar con agua sola. Los obispos del Asia levantaron su autorizada voz contra semejantes monstruos; pero más que todos se distinguió S. Ireneo, obispo de León de Francia, é invicto mártir de Jesucristo, quien dió á luz cinco preciosos libros contra todas las herejías de su tiempo.

291. El piadoso Orígenes ilustra el cielo de la Iglesia en el tercer siglo; y entre otras cosas que con admirable gusto dejó escritas de la Eucaristía, declaró la suavidad de Nuestro Señor Jesucristo en el Sacramento Santísimo (2).

292. El fervoroso mártir S. Cipriano, oriundo y obispo de Cartago, dirige una carta (3), que es una verdadera obra, á Cecilio, contra los acuarios. Es necesario leerla, para comprender la erudición que poseía sobre las santas Escrituras, aquella solidez de doctrina, aquella elevación de ánimo y, sobre todo, aquella suavidad á la par que majestad que se revela en toda ella.

(1) Véase este nombre en la I parte de esta Obra.

(2) Hom. 9 in Levit., n.º 10.

(3) N.º 63.

293. La Iglesia de España pudo exhibir, por los años de 300 á 301, un monumento religioso-eucarístico, el Concilio de Elvira, que, constando de 19 obispos y 24 presbíteros, formó 81 cánones, verdaderos modelos de fervor y prudencia católicos. ¡Qué respeto más profundo á la santa Eucaristía no sobresale en dichos preciosos cánones! Fué su alma el grande Osio, obispo de Córdoba, como lo fué del ecuménico de Nicea. Osio, pues, merece un especial recuerdo en esta historia, ya que, como dice muy bien un docto escritor (1), el triunfo social de Cristo por Constantino se debe atribuir en gran parte á Osio como á cabeza.

Para hermohear el Sacrificio Eucarístico en este mismo siglo, se allegan S. Basilio, hijo de Santa Eumelia y hermano de S. Gregorio, obispo de Niza, de S. Pedro de Sebaste, de Santa Macrina y del monje S. Nauceracio. Educado por su madre y enviado á estudiar á Constantinopla y Atenas, logró tener por compañero en la aplicación y en la virtud á S. Gregorio Nacianceno. En un viaje que hizo á Cesárea le ordenó su obispo de sacerdote, siendo en 370 promovido al obispado por muerte de aquél. Su grande obra acerca de la Eucaristía consistió en abreviar la liturgia de Santiago que de sí es bastante difusa.

294. En este arduo trabajo fué compañero del grande S. Ambrosio, nacido en Tréveris, año de 340, é hijo del prefecto de las Galias. Su elevación al episcopado de Milán fué, como todos sabemos, prodigiosa, pues por boca de un niño dió á conocer el Señor su voluntad de que fuese consagrado prelado. Acérrimo defensor de los bienes de la Iglesia, jamás desmintió el verdadero carácter de un obispo. Fué autor, según tendremos ocasión de ver más adelante, de la liturgia que lleva su nombre, y usada en Milán y de seis libros de sacramentos.

295. También S. Hilario hijo y después obispo de Poitiers enriqueció la liturgia galicana.

296. Distinguióse asimismo en este siglo, como luna

(1) R. P. José Vinuesa S. J. en el Discurso que pronunció con motivo del 2.º Congreso eucarístico nacional.

entre las estrellas, S. Efrén, siro de nación, anacoreta, y más tarde célebre diácono de Edesa, el cual, debido á su purísima vida, fué ordenado de sacerdote por S. Basilio Magno, pero que por su rarísima humildad jamás se atrevió á celebrar el Santo Sacrificio. ¡Tanto era su profundo respeto hacia el Augusto Sacramento! Al hablar de este Santísimo Misterio, el corazón se le encendía y sus palabras llenas de fuego abrasan al alma más dura. Á grandes rasgos declara la presencia real del Salvador en las Especies Eucarísticas, (1) y cuando se expresa de la indignidad de un cristiano que á pesar de ella se atreve á recibir á Cristo Sacramentado, aterroriza y espanta.

297. Lucieron además en el cielo eucarístico S. Cirilo, patriarca de Jerusalén, varón incansable cuando se trataba de atacar á los arrianos; narrador y expositor de las principales partes del Sacrificio incruento. En sus *Catequesis Mistagógicas* dejó compendiado este último trabajo á que hemos aludido. Por él descubrimos la angélica devoción que este santo Padre griego profesaba á la divinísima Eucaristía y el temor santo con que debemos acercarnos á comer el Pan de los ángeles. Juan Nepote Silyano, sucesor de éste en la misma Silla, por el año 386, escribió una bella defensa de la Eucaristía contra Pablo de Samosata que blasfemaba de la misma (2).

298. S. Epifanio, natural de Palestina y monje desde su mocedad, gloria que debió á cierto cristiano, monje también, quien le convirtió al cristianismo, es digno asimismo de nuestra atención. Sus preclaras virtudes le elevaron á la Silla de Salamina, desde donde trabajó con ahinco en perseguir á los enemigos de nuestra Religión. En su *Panario*, ó cofre de antídotos, rebate todas las herejías que germinaron desde el principio de la era cristiana hasta su tiempo.

299. En el siglo V se distinguió S. Juan Crisóstomo, llamado «boca de oro» por su admirable elocuencia. Fué

(1) Tractat. de natura Dei.

(2) Véase La Eucaristía y los SS. Padres.

célebre en la profesión del foro. Siendo bautizado cuando contaba veintitrés años de edad, fué ordenado luego de lector, pero huyó al desierto á fin de que no le hiciesen obispo; mas poco le valió su devota fuga, porque de allí á pocos años fué consagrado obispo de Constantinopla, á pesar de su resistencia. Deseando uniformar la liturgia de Santiago la modificó un tanto, dejando á su patriarcal Iglesia este precioso tesoro eucarístico.

300. S. Agustín, obispo de Hipona y S. Cirilo, patriarca de Alejandría ilustraron el siglo V eucarístico, arrojándose como leones rugientes, el primero contra los maniqueos y donatistas, y el segundo contra los nestorianos, todos los cuales negaban, cada uno á su modo, algún punto referente á nuestro Sacrosanto Misterio.

301. Finalmente los Padres y Obispos españoles de los Concilios primero de Zaragoza y primero de Toledo practicaron otro tanto contra los hipócritas priscilianistas (1), que infestaron con sus errores muchos lugares de la Península, particularmente de Galicia, y que á no tomar una determinación severa contra ellos hubiera sucumbido quizá la fe de nuestros gloriosos padres. Entre los valientes defensores de la fe eucarística no hay que olvidar á Santo Toribio, obispo de Astorga, que escribió el *Libellus* ó memorial, y el *Commonitorium* ó advertencias. Varios poetas, á imitación del famoso Sedulio, se dedicaron á cantar en elegantes versos pasajes religiosos, entre ellos, pertenecientes algunos á la Santa Eucaristía.

(1) Véase el cap. anterior.